

DIARIO DE MI MUERTE

No sé muy bien cómo afrontar esto, lo he pensado durante mucho tiempo y ya le he decidido, voy a morir.

Sé que aquella pobre persona que tenga la desgracia de encontrarse con esto le va a extrañar pero, quiero dejar constancia de que no es culpa de nadie más que de mi misma, al menos, de una parte de mí. Quiero dejar mi historia escrita para que luego nadie diga que perdí la cabeza, lo mejor será empezar por el principio.

Mi nombre es Alba, tengo 16 años y estoy dispuesta a morir por mi misma, no por nadie más, si no por mí. A lo largo de este año he sufrido, y mucho, más que lo que una chica de mi edad estaría dispuesta a soportar. He sido dañada y machacada tanto física como emocionalmente. Las bromas no son bromas si la persona implicada no se ríe. Hay una clara diferencia entre reírse de alguien y reírse con alguien y de esa diferencia mis compañeros de clase, mis amigos, no se han dado cuenta. Supongo que es muy fácil criticar el físico de una chica, el decirle cada día lo mal que se ve o lo poco que te agrada su cuerpo. Sé que al principio te puede parecer gracioso e incluso divertido pero te equivocas, no lo es. Sólo por que no llore, no significa que no le duela, que no sienta como algo dentro de ella se va rompiendo poco a poco. He escuchado tantas veces las mismas palabras que ya resuenan en mi cabeza sin que nadie las pronuncie, me he mirado tantas veces al espejo que ya veo lo mismo que ven ellos. Sé que hay quien tiene un humor negro pero eso es una cosa y otra, muy distinta, es disfrutar ridiculizando a otros sólo para sentirse superior al resto.

Dicho de esta forma pueden parecer las quejas de una adolescente cualquiera y puede que lo sean y lo único que me diferencia del resto es que yo si estoy dispuesta a morir para, de alguna forma, seguir siendo yo en vez de otra versión de mí, inspirada y dirigida por alguien, que sólo quiere doblegarme ante el canon de belleza que dicta esta sociedad.

Sí, soy Alba pero no solo soy un nombre. Soy una chica de pelo negro y largo, de cara redonda, de ojos marrones y mirada difusa, de labios ni gruesos ni finos, de cuerpo propio, de ideas claras y pensamientos

enmarañados y, sobre todo, de corazón latiente. Quiero remarcar que soy humana, que siento, sufro y amo.

Si no fuera así quizás no estaría en esta situación. Si mi corazón no hubiera sido pisoteado, si mi cuerpo no hubiera sido criticado, si mis pensamientos no hubieran sido destrozados quizás seguiría con ganas de vivir.

Sigo pensando que lo que hago es lo correcto pero a la vez hay una ínfima parte de mí que me llama cobarde por no afrontar esta situación y la verdad es que sí, soy una cobarde. Prefiero una y mil veces evitar todo lo que pueda venir ahora antes de escuchar otra vez esas palabras que tanto me han dañado.

Puede que para el resto de las personas las palabras vaca, ballena, cachalote, hipopótamo o foca sólo sean animales, pero no lo son para mí. Sí, esa parte de mí que aun quiere seguir viviendo es la que me empuja a escribir esto, la que quiere ganar tiempo para que me plantee, una vez más, si vale la pena seguir hacia delante o rendirme.

Pero no sirve de nada, ya he tomado mi decisión.

Cojo mi sacapuntas del estuche y con cuidado le saco la cuchilla, ya tengo práctica, no es la primera vez que lo hago. Me levanto la manga del brazo izquierdo y en mi piel veo algunas líneas superficiales que la cruzan, esta vez será definitiva. No es mi primer intento, seguro que ya lo suponías. La única diferencia es que el resto de mis cortes eran en horizontal y así nunca conseguiría suicidarme pues se puede coser pero, hoy toca mi obra maestra, un único corte en vertical atravesando todo mi brazo, desde la muñeca hasta el codo.

Me siento en mi cama, coloco un cojín en mi espalda y clavo la cuchilla en mi brazo. Este instante es un verdadero infierno. La deslizo por todo mi antebrazo y llego al codo. A estas alturas, en mi cama hay un charco de sangre y sin sentir nada me quedo como dormida.

Es extraño pero, por un momento, no sentí nada, sólo paz y luego me vino todo de golpe. Todos los recuerdos que tenía en mi memoria. Supongo que esto es lo que pasa cuando mueres, ves tu vida pasar ante ti.

La muerte no es tan mala como la pintan. Sólo te quedas dormida y ves tu vida a modo de película: una muy aburrida. Lo último que vi fue a la antigua yo sonriendo, una yo que no se habría rendido ante nadie y ahí lo comprendí.

Mis padres llegaron antes de lo que tenían planeado y me encontraron así, tendida en mi cama, rodeada de sangre. No tardaron en llamar a una ambulancia y de esta al hospital. Según tengo entendido me salvaron por poco pero yo nunca pedí vivir y mucho menos así. Ya todos sabían lo que había pasado y me miraban como si estuviera loca, cosa que no estoy, de momento.

Tardé unas semanas en estar recuperada al cien por cien, al menos a lo que conlleva a mi físico, porque nadie podía arreglar lo que quedaba de mi corazón. Sólo cabe la esperanza de que el tiempo me de otra oportunidad.

Mi primer intento serio de suicidio terminó en fracaso y en uno a lo grande, lo bueno es que no me he rendido.

Supongo que ahora tú, la desdichada persona que ha leído mi suceso, creerás que mi siguiente objetivo será mi muerte pero ya no me importa si muero o no, porque ya me he demostrado a mi misma que soy fuerte.

Después de que me dieran el alta en el hospital, fui directamente al instituto y sin tener en cuenta la hora que era o que asignatura tenían mis compañeros, entré en la clase y sin escuchar a nadie me planté delante de todos.

Aquí, delante de aquellos que me habían guiado hacia la muerte, me levanté la manga de la chaqueta y todos vieron la espantosa cicatriz que surcaba mi antebrazo.

- Esto es lo que hacen vuestras bromas, ¿os parece divertido? Me he dado cuenta de que todos sois patéticos y no me importa si pensáis que estoy loca, porque lo que yo pienso de vosotros es mil veces peor.

Una vez que les dije esto, salí de la que en vez de una clase fue mi cárcel personal y me dirigí a vivir mi nueva vida, la que en vez de terminar con mi muerte empezaba con una clara declaración de guerra al mismo destino, pues ya nadie me va a marcar mi futuro.

Así que sí, mientras leías mi muerte, te has preocupado por mí, gracias. Me he dado cuenta que no pienso morir por causa de otras personas, **voy a vivir mucho** y a mi manera.

ELENA RUIZ FERNÁNDEZ, 16 años
2º Premio G. B.
Minas de Río Tinto
Huelva